

el  
FAROL del  
DIABLO

A D R I A N A H A R T W I G



VESTALES

© Editorial Vestales, 2015.

Diseño de cubierta e interiores: Editorial Vestales.

Hartwig, Adriana  
El farol del diablo, 1.<sup>a</sup> ed., San Martín: Vestales, 2015.  
480 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-3863-07-3

1. Narrativa Argentina. 2. Novela . I. Título  
CDD A863

ISBN 978-987-3863-07-3

Hecho el depósito que previene la ley 11.723  
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Este libro se terminó de imprimir en el mes de julio de 2015 en Gráfica LAF SRL,  
Monteagudo 741, Villa Lynch, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial.

## PRÓLOGO

Ciudad de Corrientes, 1902.

**E**L DOCTOR RESOAGLI SE RASCÓ LA BARBILLA Y ASINTIÓ CON expresión ensimismada. Era un hombre de tez pálida, nariz aguileña y mentón prominente. Parecía incómodo, y quizás lo estaba. Como era de complexión robusta, tuvo que considerar que la silla en la que estaba sentado no soportaría su peso. Se movió y la madera crujió, amenazante. Se puso de pie mientras fingía continuar con sus reflexiones.

—¿Dice usted que tiene una conducta peligrosa para sí misma y para los demás? —preguntó. Se acarició la punta del largo bigote entrecano—. ¿Está seguro?

—Sí, señor.

—Describame su comportamiento, por favor.

Horacio Gutiérrez apoyó los brazos sobre el escritorio y unió las manos, pensativo. La fría postura se intensificó cuando la luz de la lámpara le doró los altivos rasgos, le suavizó la dureza de los ojos y subrayó la tensa arrogancia de su expresión. Intercambió una mirada con su esposa y luego dirigió la atención hacia el médico.

—Es obstinada e irritable —dijo en tono monocorde—. Sufre de frecuentes dolores de cabeza e insomnio. No se alimen-

ta bien e insiste en encerrarse en el cobertizo con los yuyos que encuentra en la calle.

—¿La muchacha tiene tendencia a causar problemas dentro de la casa? —Hipólito Resoagli dirigió los ojos opacos hacia la esposa del señor Gutiérrez. Era una mujer muy delgada, de rostro enjuto y aspecto serio y anodino—. ¿Discute sus órdenes? ¿Se enoja con facilidad?

—Sí, señor. —Alcira se mordió el labio inferior con preocupación—. Es una chica nerviosa, muy difícil de tratar; jamás sigue mis consejos y tiende a ignorar todo lo que le digo. Me ha insultado en varias ocasiones. No me respeta e, incluso, Dios mío, ha intentado lastimarme.

—¿Qué provocó el enojo de la joven?

La mujer intercambió una mirada con su marido una vez más.

—La madre, la primera esposa de mi marido, murió unos meses antes de que yo llegara a esta casa. La alcoba principal, que debía ser mía, aún contenía todas sus pertenencias. Pensé en ayudar a la muchacha a recoger todo y guardarlo en memoria de su pobre madre; cuando me vio asegurar el pestillo de un alhajero, se lanzó sobre mí y me acusó de pretender robar las joyas.

—Entiendo.

—Además... —vaciló—. La encontré en dos oportunidades con un cuchillo en la mano. Quería hacerse daño, estoy segura. Decía que extrañaba a su madre y que deseaba estar con ella. Mi esposo tuvo que forcejear para protegerla.

—Es muy común que jóvenes huérfanos piensen en el suicidio. Han perdido a sus padres, la seguridad que antes tenían, la guía que habría de facilitarles el paso por esta vida. Están perdidos en un mundo que no pueden comprender, y piensan que la muerte es la única salida.

—Mi hijastra necesita ayuda —dijo Horacio. Aunque su voz denotaba tristeza y cierta desesperación, sus ojos continuaban impasibles—. Usted tiene que ayudarla.

—Vivir con esa chica es un infierno —asintió Alcira, dolida. Se santiguó.

—Lamentablemente, no hay nada que usted pueda hacer —comentó el médico.

Alcira inclinó la cabeza, cabizbaja.

—Es tan joven —musitó.

—La locura no respeta edades. —Hipólito meneó la cabeza. Empujó los lentes hacia arriba y observó al señor Gutiérrez con expresión piadosa—. He tratado casos que les romperían el corazón. Me temo que no hay mucho que yo pueda hacer —dijo finalmente—. Tendría que examinar a su hijastra y convocar además a una junta médica para estar seguro del diagnóstico, pero me atrevo a decir que los síntomas que presenta la señorita Fernanda se corresponden con una enfermedad mental que, considero, no tiene cura.

—¿Qué enfermedad es esa? —Alcira se veía muy ansiosa—. Dígame, por favor.

—Locura histérica con tendencias suicidas.

—Oh, Dios.

—¿Es peligroso que viva aquí, con nosotros, doctor? —preguntó Horacio en voz baja.

—Me temo que sí. Lo lamento, pero habrá que internarla.

Horacio movió sus dedos unos contra otros.

Alcira suspiró.

—Su enfermedad mental es ya evidente. No puedo aconsejar otra cosa más que pensar en ella, en su bienestar y que, pese al afecto que le tienen, la dejen en mis manos. Haré todo lo que pueda para tratarla, pero me temo que, como dije, la enfermedad está ya muy avanzada.

—¿Qué la provocó, doctor? —quiso saber Alcira.

Hipólito se rascó la barbilla una vez más. Al parecer, hacía lo mismo cada vez que debía meditar una respuesta.

—La muerte de la madre —dijo finalmente. Suspiró—. Quizás nunca la superó.

El señor Gutiérrez se puso de pie y dio la espalda al médico y a su esposa mientras barruntaba todo lo que había oído. Unió las manos detrás de la espalda y contempló el jardín de la casa con ojos ausentes. Afuera, la luz del sol comenzaba a morir entre los árboles. Las cenizas rojas de la tarde entintaban el cielo con pinceladas de sangre y fuego. El viento sur había comenzado a soplar y mecía con frialdad los pocos arbustos que habían sobrevivido íntegros a las semanas más gélidas del invierno. Hojas amarillas, crujientes y rígidas, se arrastraban sobre los estrechos senderos de pedregullo que serpenteaban a lo largo de la arboleda. Vio a un par de pájaros caer sobre un parterre de plantas y luego elevarse en el aire; se disputaban un insecto.

—Mi hijastra es una heredera —dijo en voz baja, sin ninguna emoción—. ¿Qué sucederá con sus bienes?

El médico empujó los lentes sobre la nariz.

—¿No administra usted la fortuna de la muchacha? —preguntó, e intentó ocultar, sin conseguirlo, la sorpresa.

—No. Lo hace ella misma. Su padre y mi difunta esposa así lo establecieron. En cuanto cumplió la mayoría de edad, Fernanda se hizo cargo de la administración de sus propios bienes. Hasta entonces, lo había hecho un albacea nombrado por el padre.

—Supongo que debido a su frágil estado emocional ha debido de causar grandes pérdidas al patrimonio.

Alcira apretó los labios.

—No —dijo.

—¿No?

Horacio se volvió y clavó en ella sus ojos álgidos. Alcira desvió la mirada, pálida y nerviosa.

—No —confirmó después de un momento—. A pesar de sus impulsos, ha seguido mis consejos al pie de la letra y su fortuna sigue incólume.

Horacio lo miró a los ojos.

—Si usted indica encerrar a mi hijastra en un asilo para dementes, ¿qué pasaría con esa fortuna?

—Bueno, es un problema, por supuesto, pero puede solucionarse en los Tribunales. —Tiró con suavidad de la punta de su bigote—. Tendría que realizarse un juicio por insania. Si diera como resultado la incapacidad civil de la señorita, perdería todos sus derechos —dijo el médico—, y usted se vería obligado a administrar los bienes en su nombre.

—Comprendo. —Horacio asintió; su rostro reflejó cierta expresión pesarosa—. ¿Podría usted decirme qué clase de tratamiento le daría a mi hijastra? Querría estar seguro de que no sufrirá.

El médico asintió. Siempre meditabundo, comenzó a explicar las distintas maneras de llevar a cabo la cura, ajeno a la mirada que el señor Gutiérrez intercambió con su esposa.

Alcira esbozó una sonrisa; Horacio asintió.

Finalmente, pensó, todos los bienes de su hijastra quedarían en sus manos.

## PRIMERA PARTE



## CAPÍTULO I

LA NEBLINA SE DESLIZÓ CON SUAVIDAD SOBRE LAS AGUAS mansas del río y reptó hacia la ciudad en silencio, cubriendo las calles adoquinadas con un húmedo y gélido encaje gris. En el sosegado amanecer de aquella mañana de agosto, el sol se elevó con timidez entre las destejidas sombras de la noche y pintó con pereza de rojo rosado y oro pulido los tejados de la ciudad vieja, el campanario de la iglesia y el follaje de los árboles que se mecían, perezosos y nostálgicos, junto al Paraná. Más allá, hacia el Sur, todavía reinaba la azulada opacidad que precede al amanecer, y bostezaba la bruma de un invierno que pronto llegaría a su fin.

Juan de Dios Ferrara dejó caer las cortinas. La penumbra dibujó sin sutilezas las líneas frías y angulosas de su rostro cuando se volvió, se sirvió una medida de whisky y lo bebió de un trago. No debió haber regresado a la ciudad. Dejó el vaso vacío sobre una mesa, recogió la chaqueta del respaldo de una silla casi con indolencia y se dirigió hacia el vestíbulo; abandonó la débil calidez de la sala de recibo de aquella casa que había comprado y que, sin embargo, no le pertenecía.

—Pensé que deseabas hablar conmigo. —La voz suave y seductora de una de las mujeres más hermosas de la ciudad llegó hasta él desde la grisácea oscuridad del pasillo.

Se detuvo bajo el endeble resplandor de una lámpara y la miró. Julia Sandoval dio un paso hacia él, vacilante. Parecía nerviosa; tenía una sonrisa indecisa en los labios y una mirada curiosa y, a la vez, temerosa cuando le tendió la mano.

—¿Me acompañas a desayunar? —preguntó—. Podríamos hablar más cómodos en el jardín. Los sirvientes están poniendo la mesa.

Julia no era una actriz de talento; de hecho, ni siquiera podía recordar sus líneas sin ayuda de un apuntador, pero era hermosa y podía ser, cuando así lo deseaba, encantadora. La mayoría de sus papeles en el teatro los había obtenido de rodillas, al someterse a los deseos de los hombres más acaudalados de la ciudad, aunque ninguno de ellos se había ofrecido a mantenerla. Consideraban que la joven tenía gustos caros, además de un carácter difícil. Y estaban en lo cierto; preferían pagar por los servicios de una chica menos agraciada, pero más manejable. Fue justo cuando comenzaba a desesperar ante la idea de no tener un centavo para la siguiente comida cuando conoció a Juan de Dios Ferrara, y aceptó, maravillada por su suerte, convertirse en su amante.

Hija de inmigrantes españoles que se habían afincado al norte de la provincia de Santa Fe después de haber recorrido gran parte del centro del país en busca de un futuro mejor, Julia jamás se había sentido cómoda con la idea de casarse con un granjero, parir a media docena de críos y morir en un pueblucho desconocido sin más alegría que haber sido una buena esposa. En su opinión, ella había nacido para ser rica y amada. Convencida de eso, en cuanto tuvo edad suficiente como para llamar la atención de los hombres, comenzó a labrarse un futuro.

Sus padres se habrían horrorizado al saber que la preciosa Julia ejercía de prostituta a sus espaldas, pero nunca lo supieron. Años después de que la joven abandonara la casa para seguir a un actor que le había prometido la gloria sobre las tablas, co-

mentaban orgullosos a sus vecinos que su hija más joven se había convertido en una afamada actriz.

A lo largo de su vida, Julia había aprendido a conseguir todo cuanto deseaba siendo consecuente y abriendo las piernas al mejor postor. Solo se había lamentado por su suerte en dos ocasiones. La primera, durante un baile en la casa de un amigo del Gobernador. Uno de los invitados la había acorralado cerca del baño de señoras y la había violado. Julia, en lugar de recibir ayuda, había sido expulsada a la calle por la dueña de casa mientras la acusaba de “provocar a los invitados con sus tretas de puta”. La segunda vez fue poco antes de conocer a Juan de Dios, después de una función en el teatro. Ella y uno de sus amantes, un hombre con la edad suficiente como para ser su padre, tuvieron una riña en los peldaños del coliseo. Él, que estaba borracho, la había golpeado salvajemente, y la había acusado de haber coqueteado con otros hombres en su presencia. Un caballero, que había presenciado el altercado por casualidad, la había ayudado, aunque no antes de que el señor Suárez le rompiera dos costillas y un brazo, para terminar la relación que los unía con un puñetazo que le dejó el ojo derecho amoratado durante una semana.

Al principio, había temido que el señor Ferrara se mostrara violento con ella, después de todo, era considerado un hombre despótico e incluso avasallante entre los buenos vecinos de la ciudad. Sin embargo, resultó ser un caballero. Estaba a gusto a su lado, y más aún cuando, muy rara vez, visitaba su cama. No lo despreciaba, pero, a veces, cuando dormían juntos, notaba el vivo contraste entre su piel blanquísima y la de él, tan oscura, y se preguntaba cómo había logrado tener el valor de entregarse a un mestizo.

Cuando esa mañana, casi al amanecer, la sirvienta la despertó y le dijo que el señor Ferrara deseaba verla, Julia había temido que estuviera allí para llevarla a la cama. No estaba de humor para fingir que sus caricias le gustaban y tampoco para

simular interesarse por las razones que lo habían mantenido lejos de ella durante tanto tiempo, pero finalmente pensó que él pagaba todas sus facturas y tenía derecho a recibir a cambio unas migajas de su atención, así que se levantó y fue a su encuentro con la mejor de las sonrisas.

Pero él no se la devolvió. Juan de Dios la miró a los ojos.

—He venido a despedirme de ti —dijo con frialdad.

Ella alzó una ceja. Su rostro de alabastro adquirió dos rosas en las mejillas.

—¿Saldrás de la ciudad otra vez?

—No. Quiero terminar la relación que nos une. —Curvó las comisuras de los labios a un lado—. Así son los negocios.

Ella lo miró un momento en silencio. Pensó que ya debería estar acostumbrada a aquellas despóticas maneras, a esa arrogancia, a la álgida cortesía que se traducían en cada una de sus palabras cada vez que se dirigía a ella o a cualquier otra persona ajena a su familia, aquella su actitud indiferente la disgustó.

—¿Puedo preguntar por qué?

—¿Importaría?

—Si puedo retenerte a mi lado, sí —dijo, y aunque permaneció con el rostro impasible, su mente era un torbellino de confusión. Ese hombre era el único que había aceptado pagar el alto precio que se había puesto a sí misma cuando decidió convertirse en la querida de un acaudalado; no podía perderlo—. Si hice algo que te molestó, si cometí un error, querría saberlo.

—No he estado en esta casa el tiempo suficiente para molestarme con algo que hicieras o dijeras, Julia —dijo en voz baja. Sus ojos permanecieron imperturbables y distantes, ilegibles—. Solo doy por terminado un contrato que ya no me interesa mantener.

—Nuestra relación no es un contrato.

—¿No? —Torció la boca a un lado—. Llegamos a un acuerdo que generó derechos y obligaciones para ambos: yo pagaría tus facturas, y tú calentarías mi cama. Eso suena a un contrato.

Ella apretó los labios.

—Muy bien —dijo tajante—. Es un contrato, entonces. No discutiré eso contigo, pero quiero saber por qué has decidido dejarme. Creo que tengo derecho a saberlo, ya que cumplí con todas tus exigencias: te fui fiel, nunca hice preguntas sobre tu vida fuera de estas paredes y jamás me acerqué a tu familia. ¿Qué sucedió? ¿Has conocido a otra mujer?

—¿Otra mujer? —murmuró; su voz reveló la mofa que se ocultaba en el filo acerado de sus palabras—. No lo creo.

Una noche, después de asistir a una función teatral junto a su madre y una de sus hermanas, había resuelto convertir en su amante a Julia Sandoval, una de las actrices más vistosas de la compañía. Mientras una multitud esperaba felicitar a la joven actriz por la interpretación sobre las tablas, él había acudido al camarín para proponerle un trato que ella aceptó sin dilaciones: “Tu compañía a cambio de mi dinero”.

Había conseguido poseerla como poseía todo lo que deseaba, comprándolo. Así inició una relación que, si bien comenzó siendo satisfactoria, con el tiempo se había convertido en una molestia. Sencillamente, ya no la deseaba, no había encontrado en ella lo que necesitaba.

Julia hizo un gesto con la mano que lo trajo de nuevo al presente.

—Quédate conmigo —dijo cariñosa—. Tal vez podría hacerme cambiar de opinión.

—No sucederá. Dejémoslo así.

—Entonces, ¿es cierto? —preguntó—. ¿Buscas una esposa?

Él alzó una ceja. Algo en su mirada se agitó casi imperceptiblemente: un minúsculo resquicio de emoción que él aplastó y ocultó en un instante. Permaneció callado, para impaciencia de ella.

—No.

—¿No? Dime la verdad. Si me dejas porque pretendes casarte, te aseguro que es innecesario. Seré discreta. Tu esposa, sea quien fuere, no tendrá quejas sobre nuestra relación.

—Jamás humillaría a mi esposa manteniendo a una amante —dijo cortante.

—Entonces...

—No pienso casarme, Julia, pero tampoco deseo continuar con una relación que ya no nos satisface a ninguno de los dos.

Ella se acercó, le apoyó las manos en los hombros y alzó los labios hacia la boca.

—Pero yo te quiero —musitó.

Él la aferró de un brazo y la apartó.

Ella crispó las manos entre los pliegues de la falda. Por un instante había creído que él reconsideraría su decisión al pensar que tal vez ella podría haberse enamorado. Julia apretó los dientes, disgustada. Pensó decirle que toda mujer que lo conociera solo podría fingir afecto por él, que un hombre de su temperamento —frío, soberbio, cínico— jamás conseguiría más que migajas de cariño, pero calló. Deseaba recriminarle sus ausencias, hacerle ver que el culpable de que esa relación que los unía se hubiese vuelto “insatisfactoria” era él, pero no sabía cómo hacerlo y salir airosa. Necesitaba su dinero, no podía perderlo. Se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—¿Puedo hacer algo para convencerte de que estás cometiendo un error? —preguntó.

—No —dijo, y su voz adquirió el filo mortal del acero—. Despidámonos así. Es lo mejor.

Ella fingió tristeza.

—¿No ves que me duele tu rechazo? Déjame intentar.

—Es suficiente. —Hizo un gesto de despedida—. Creo que ya no tenemos nada más que hablar. Adiós.

Ella frunció el ceño cuando lo vio volverse y caminar hacia la puerta con su acostumbrada indiferencia.

—¡Juan de Dios! —llamó.

Él la ignoró. Entonces Julia se apresuró a seguirlo y, desesperada, le hundió las uñas en el brazo para detenerlo. Cuando él cerró los dedos contra su muñeca y la apartó, ella soltó una exclamación de enojo.

—¡No puedes irte así! —vociferó—. ¡Eres el hombre más cruel y odioso que he conocido en mi vida! ¿Cómo te atreves a darme la espalda, a marcharte como si yo no fuera más que una furcia?

Ella golpeó el piso con la punta de su zapato, frustrada.

—Si no hay nadie más, ¿por qué no seguir juntos? —preguntó—. No cualquiera se atrevería a dormir con un hombre como tú.

—¿Un hombre como yo?

Lo miró y vio en las profundidades de sus ojos, en la curva cruel de sus labios, en su expresión distante, algo que la asustó. Retrocedió un paso, con las manos apretadas contra el estómago. Quizás, concluyó, había ido demasiado lejos.

—Un hombre como tú, sí, un... Un mestizo —dijo, y al instante sintió miedo de él. Juan de Dios tenía unos ojos hermosos, negros e intensos, pero glaciales, expectantes, como si siempre estuvieran en guardia y buscaran algo.

—¿Me tienes miedo?

Ella retrocedió un paso y se alejó de él, pero no se amedrentó.

—¡Te odio! —gritó en cambio, furiosa. ¿Cómo se atrevía ese indio a tratarla como a una puta de la calle cuando debía agradecer de rodillas sus atenciones?—. ¡Nunca conocí a nadie como tú! ¡Lamento el día en que decidí aceptar ser tu amante! ¡Todas las mujeres que conozco te temen, y ni siquiera te conocen como yo! ¡Solo tienen que mirarte a los ojos para tenerte miedo, porque no encuentran nada agradable en tu mirada, solo hielo y oscuridad!

—¿En serio?

—No entiendo por qué acepté convertirme en tu amante.

—Porque ofrecí comprarte esta casa y un carruaje para tu uso personal —dijo mordaz—. Porque, a cambio de tus favores, pagué todas tus cuentas y tus variados caprichos. —Hizo una pausa y luego añadió—: Debo vigilar mi tendencia a desperdiciar el dinero, ¿no crees?

—¡Miserable! ¿Tratas así a todas las mujeres que conoces o solo a mí?

—A todas.

—¿También a las mujeres de esa clase a la que crees pertenecer?

—Hay excepciones, pero en general, sí —dijo con desdén—. Lamentablemente, conozco a muy pocas mujeres a las que respeto; al resto, simplemente, las considero putas de mejor calidad. Adiós, Julia. Pagaré tus cuentas hasta que consigas un nuevo protector, lo que espero suceda pronto —dijo él con suavidad, y se dirigió hacia la puerta—. Creo que puedes agregar la tacañería a mis muchos defectos. No me gusta pagar por favores que no he de recibir.

—Sé que pagarás mis facturas, pero... —Lo miró asustada—. Necesito dinero ahora, para esta misma noche.

—¿Otra deuda de juego?

Juan de Dios buscó algo en uno de los bolsillos internos de la chaqueta, y luego dejó caer varios billetes en las manos de la joven.

—Considéralo un último obsequio de mi parte —dijo. La observó un momento en silencio, con frío desdén, y después se marchó.

\* \* \*

Examinaba los documentos que Jaime Arteaga, uno de los administradores de su padre, le había acercado, en tanto vigilaba las



mercancías que se descargaban en el puerto. Todavía recordaba las palabras que Julia le había arrojado a la cara con su habitual desparpajo, sin saber cuánto le escocerían: insensible, implacable, salvaje, despiadado. Había escuchado lo mismo en otras oportunidades. ¿En eso se había convertido? ¿En un hombre incapaz de sentir nada por nadie? Quizá sí. Elevó los ojos hacia el río, y su mirada adquirió la tonalidad de la obsidiana al recordar cómo lo había llamado: “El mestizo de los Ferrara”. ¿Era solo eso para los demás? ¿Un hombre cuyo valor se medía por la tonalidad de la piel, por los rasgos, por la ascendencia, por la sangre?

Basilio Ferrara se detuvo junto a él y sonrió cuando vio amontonarse baúles con su nombre en el muelle, unos encima de otros, todos de gran tamaño. Había esperado ese momento durante semanas. Finalmente, pensó, todo estaba sucediendo tal y como lo había planeado.

Era un hombre delgado, alto y de aspecto majestuoso. Todavía atractivo, a sus setenta años, la edad no había logrado difuminarle la vivacidad del rostro ni opacarle la aguda inteligencia de la mirada. Tenía el pelo rubio entrecano y lo llevaba peinado hacia atrás. Las facciones suaves y armoniosas lo caracterizaban como un hombre afable; ocultaban muy bien un temperamento fuerte y decidido.

Con una sonrisa todavía en los labios, elevó los ojos verdes hacia Arasunu con la intención de agradecerle la ayuda a horas tan tempranas de la mañana, pero calló. En cambio, sí frunció el ceño al notar la expresión que endurecía el rostro de su hijo.

—¿Sucedee algo? —preguntó.

Arasunu esbozó una sonrisa y observó el río mientras borraba de su semblante toda emoción que pudiera revelar al padre el cariz de sus pensamientos.

El Belgrano flotaba con suavidad sobre las mansas aguas del Paraná, envuelto en la neblina que, a medida que se elevaba el sol en el horizonte, comenzaba a deshilacharse sobre la brumosa

superficie del río. Su peso lo mantenía inmóvil a cierta distancia de la orilla, en el interior de una infinidad de diamantes que el sol dibujaba sobre el delicado oleaje mientras media docena de diminutas barcazas de madera emergían de su flanco cargadas con pesados baúles provenientes de Buenos Aires.

Sobre el muelle, una multitud de hombres en mangas de camisa se amontonaba a la espera de recibir los cofres llenos de rollos de paño, enseres de cocina, sedas y tapices, instrumentos de carpintería, artículos de oro, bronce y cristal, herrajes y artilugios femeninos que los canoeros acercarían al desembarcadero, bajo la atenta vigilancia de Arteaga.

Basilio miró al administrador y vio cómo los bártulos comenzaban a amontonarse bajo la sombra de los árboles, a pocos metros de la orilla. Luego volvió los ojos hacia la calle. Cuatro vehículos esperaban a unos metros de distancia para llevar la mercadería a los almacenes de la calle San Juan y Junín. Con profunda satisfacción, el anciano observó la ciudad que lo había cobijado hacía ya tantos años, cuando todavía era un muchacho decidido a conseguir en Argentina todo lo que en su viejo terruño jamás tendría: una casa propia, dinero, tierras, un futuro de opulencia y respeto.

Hijo de campesinos, analfabeto, de temperamento fuerte y carácter difícil, en su tierra natal nunca habría prosperado; menos aun cuando no estaba dispuesto a seguir las órdenes de nadie más. Con toda seguridad, allí tampoco habría podido agregar a la lista de logros una esposa de buena familia, hermosa y elegante, un hijo que jamás sufriría de hambre ni tendría que trabajar de sol a sol para traer comida a la mesa y tres hijas educadas, hermosas y buenas.

No había sido sencillo y le había llevado años obtener todo aquello que se había propuesto, pero lo había logrado. Se sentía orgulloso de sí mismo, porque nadie le había regalado nada ni le había facilitado las cosas. Todo cuanto poseía era producto del

esfuerzo, de noches sin dormir, de años enteros dedicados al trabajo duro. Ahora, allí, de pie junto a su primogénito, observaba el semblante de una de las ciudades más antiguas del país con la satisfacción de un hombre que lo tenía todo.

Como último eslabón que la unía a un pasado colonial, la ciudad conservaba algunas casas de arquitectura autóctona con galerías externas, construidas con adobe y piedras del río, adornadas con rejas de Vizcaya, tan apropiadas al clima y costumbres de la población correntina, mientras nuevas edificaciones de características italianas –con sus pilastras, cornisas y detalles neogóticos– se adueñaban poco a poco del tejido urbano.

Nuevas construcciones reflejaban el anhelo de la élite local por modernizarse y emular las características de las ciudades más importantes del mundo, pero a pesar de que ensanchaban la ciudad hacia el Este, Corrientes no terminaba de desprenderse de ese aire de aldea española. A pocas calles del puerto, ya se convertía en un cúmulo de contradicciones: moderna y rural a la vez; orgullosa poseedora de grandes edificios de estilo renacentista y neobarroco; calles sin pavimentar, muchas veces anegadas y sitiadas por cuadrillas de perros vagabundos; poco higiénica, pero deseosa de emular en arquitectura y costumbres a las capitales más importantes del mundo, como Londres y París. Basilio esperaba que lo consiguiera. Aquella era una ciudad a la que se enorgullecía de llamar “hogar”; la amaba.

Arasunu firmó los documentos que Jaime esperaba recuperar y asintió. El administrador sonrió, nervioso, y se dirigió hacia los hombres que continuaban con la descarga de los baúles pertenecientes a la Tienda Ferrara con grandes ademanes.

—Terminé mi relación con Julia —dijo de pronto, en voz baja.

Basilio apartó los ojos de la ciudad y lo miró, pensativo.

—¿Alguna razón en particular? —preguntó.

Él vaciló.

—No —dijo finalmente.

—Entiendo.

Arasunu observó a su padre un instante mientras se preguntaba qué era lo que entendía.

—Creo que es una buena decisión —dijo el anciano—. Esa jovencita nunca me agradó. Aunque es hermosa, por supuesto, pero eso no tiene ninguna importancia cuando la persona no es de fiar. No me habría gustado que terminara por convertirse en mi nuera.

Arasunu sonrió.

—Eso jamás habría pasado.

—Nunca se sabe. Un hombre solitario puede cometer una tontería si considera que no hay nada allí afuera para él —dijo Basilio, e hizo un gesto hacia las calles de la ciudad—. Lo he visto muchas veces. —Arasunu no hizo comentarios—. Pero eso no es lo que te molesta, ¿verdad? No creo que esa mujer te importara lo suficiente como para arrastrar esa cara hasta aquí, cuando estamos a punto de abrir los nuevos almacenes. ¿Qué es lo que te tiene de tan mal humor esta mañana?

—¿Es tan evidente?

—¿Tu malhumor? Sí. Has espantado a Jaime. El pobre hombre ha estado de puntillas a tu alrededor desde que llegaste.

Juan de Dios torció las comisuras de los labios en una sonrisa lacónica.

—Es una mujer, sí.

—¿Alguien que conozca? —El anciano lo miró, esperanzado.

—Eloísa —dijo.

—¿Tu hermana? —Basilio suspiró, decepcionado—. ¿Qué sucede con ella?

—Ahora que he regresado a la ciudad, no descansaré hasta arrastrarme a todos los eventos sociales de la temporada. Me volverá loco.

—¿Sigues con eso? —preguntó, divertido—. Pensé que el asunto estaba resuelto.

—No ha aceptado un “no” por respuesta y está decidida a encontrarme una esposa, ¿puedes creerlo?

—De Eloísa puedo creer cualquier cosa —dijo Basilio, e intentó en vano ocultar una sonrisa—. ¿Qué quiere hacer contigo exactamente?

—Para empezar, darse el gusto de vestirme a su capricho y entender. Luego, aceptar en mi nombre todas las invitaciones que pueda y finalmente pasarme lista de todas las jóvenes casaderas de la ciudad con la intención de que elija alguna y presente una propuesta formal de matrimonio.

—¿Debo entender que no quieres hacer nada de eso?

Arasunu crispó la boca en una fina línea de disgusto.

—No resultaría —respondió.

—¿Por qué diablos no?

Apretó los labios. Su padre no entendería. ¿Cómo podría decirle que un “indio”, por mucho dinero que poseyera, tenía muy pocas posibilidades de encontrar una esposa entre el patriado correntino? El apellido que su padre le había dado no significaba nada cuando lo único que veía una mujer al mirarlo era el oscuro color de su piel. No, su padre no comprendería. Era un hombre decente, de principios, de una ética intachable, que jamás imaginaría que las personas que invitaba a su casa para hablar de negocios eran las mismas que prohibían a sus hijas bailar con “el mestizo Ferrara”, incluso, dirigirle la palabra si no era necesario. Para Basilio, un hombre se valoraba por sus acciones, honestidad y devoción familiar, jamás por la apariencia o la ascendencia; creía que todos sus amigos y socios pensaban lo mismo.

Juan de Dios nunca le había hablado de los murmullos que se escuchaban a su paso, de los insultos que había tenido que tolerar mientras crecía y estudiaba lejos de la familia, de las ofensas que había tenido que dejar pasar, de las peleas que había apren-

dido a ganar defendiendo el honor de su padre, la memoria de su madre biológica y la virtud de sus hermanas.

—Casarme no es mi prioridad en este momento.

—No me hago más joven con los años —continuó el anciano—. Me gustaría verte con una mujer, con hijos, con una familia propia. No es bueno que un hombre esté solo, y tú has estado solo mucho tiempo.

—Algo que solucionaré cuando considere necesario.

—No si Eloísa tiene algo que decir al respecto. Esa muchacha está decidida a encontrarte esposa, y tiene todo mi apoyo.

—¿Debo creer que toda la familia se alió en mi contra?

—A tu favor. No te preocupes, hijo, encontraremos a una buena mujer para ti.

Arasunu pensó que debió de haberlo adivinado. Cuando Eloísa tomaba una decisión, se aseguraba de convencer al resto de la familia de que la apoyara, y, por lo general, lo lograba. Además, no se molestaba en ocultar sus intenciones. Basilio no dudaría en secundar sus planes si los creía razonables; Eleonora no se atrevería a contrariar a su hija más voluntariosa; y Nélica y Lucía eran arcilla entre sus manos; la primera, por devoción, la segunda, por admiración.

Basilio lo observó de pies a cabeza, pensativo. Concluyó que si Eloísa hubiese estado allí, no habría dudado en regañarlo por su aspecto. Desde que tenía uso de razón, había intentado hacer de él el epítome de la elegancia. Se frustraba cada vez que lo veía vestir como un simple jornalero, con la corbata floja a los lados del cuello y el pelo demasiado largo para resultar elegante; parecía un salvaje. Llevaba botas oscuras y unos pantalones que no habrían resultado incongruentes si hubiera sido un peón de campo.

Basilio no sabía si debía amonestarle o envidiar aquella resolución. Él mismo habría preferido deshacerse de la ropa, que, si bien por su corte y calidad lo identificaban como un miembro de la nueva sociedad —es decir, un inmigrante exitoso con el su-

ficiente prestigio social como para codearse con la crema y nata del patriciado correntino—, era demasiado para un día que por momentos se tornaba caluroso.

—Te vestes como un truhán —dijo.

Arasunu sonrió.

—¿Eloísa te ha convencido de que te pases a su bando?

—Lo siento, pero creo que tiene razón. Deberías visitar a mi sastre.

—Lo pensaré.

—Supongo que te ha hablado de la señorita Mariana Alcaraz —dijo vacilante. No sabía cuánto revelar de los planes de su hija—. Pretende presentártela.

—Ya la conozco.

—No lo suficiente, en su opinión. —Sonrió cuando Juan de Dios murmuró un impropio entre dientes—. Hazte a la idea: Nélide y Eloísa están decididas a casarte esta temporada, y esa muchacha, Mariana, agrada a toda la familia.

—A Lucía no.

—Lucía tiene sus ideas —replicó el anciano con un ademán—. Mariana Alcaraz es encantadora. Sería una buena esposa para ti.

—¿Deseas que me case con ella? —preguntó.

—Con ella o con cualquier otra, sí.

—¿Con cualquiera?

—Si puede darme nietos, tendrá mi bendición.

—Ya tienes nietos —contestó sonriente.

—Dos varones de Nélide, uno de Eloísa y otro de Lucía —enumeró Basilio con los dedos, impaciente—. Quiero una nieta mujer para consentir, ya hay muchos varones en la familia. Comienzo a extrañar una casa llena de muñecas, lazos, sombreros y zapatitos con moños, en particular cuando los hijos de Nélide toman por asalto la cocina. Las niñas son encantadoras; los varones, no tanto.

—Entiendo.

—Quiero conocer a una hijita tuya —dijo entusiasmado, y, por su expresión, casi la imaginaba—. Espero que el próximo año, si ya estás casado, y si Eloísa se sale con la suya, lo estarás. Los nietos tienen que llegar cuando todavía pueda jugar con ellos. Tu madre piensa lo mismo que yo.

Arasunu lo miró un instante y esbozó una sonrisa. Basilio lo miró, esperanzado.

—¿Irás, verdad? A todos los eventos que Eloísa considere oportunos. Prométeme que intentarás ser amable.

—Siempre lo soy. Muy amable.

—¿Incluso con el señor Gutiérrez? —preguntó en voz baja, con la mirada fija en el río.

—Lo intentaré —dijo, y la frialdad en su voz fue casi perceptible.

—Sé que es un hombre desagradable, pero Eloísa valora su amistad con la señorita Alcaraz. No querría que sucediera un altercado entre tú y el padrastro de su amiga.

Arasunu enarcó una ceja, pero no hizo comentarios. Solo lo había visto una vez, cuando debió entregarle en su casa unos documentos que Basilio necesitaba que firmara antes de enviarle las compras que había ordenado en la Tienda Ferrara.

Si bien el señor Gutiérrez sabía quién era él, lo había tratado como a un peón, como si no fuera más que mugre en los zapatos. Apretó la boca. Estaba acostumbrado a que los caballeros de la sociedad correntina lo repudiaran por su sangre mestiza, pero ninguno de ellos le había demostrado más desprecio que Gutiérrez. A sus ojos, él no era un caballero, sino el bastardo de “una india” que había terminado sirviendo en la casa de Basilio Ferrara poco después de que un blanco la sedujera y la dejara encinta a los quince años.

Arasunu nunca quiso saber el nombre de su padre biológico. María, su madre, jamás le había hablado de él porque ella



sabía que su padre, el hombre que realmente merecía ese título, era don Basilio.

Hasta la llegada de María, Eleonora Ferrara había pensado que jamás podría darle hijos a su marido. Ya llevaba muchos años de matrimonio y nunca había conseguido quedar encinta. Temía que esa esterilidad acabara con el amor que su esposo le profesaba, a pesar de que Basilio decía que siempre la amaría, tuvieran niños o no.

Cuando Arasunu nació, María no se creyó capaz de criar a un niño sola y pensó que la elegante patrona de cabellos rubios y ojos azules sería una buena madre para su hijo. Le suplicó que se hiciera cargo de él, que lo criara como suyo, como el caballero que debía ser. Eleonora aceptó. Basilio lo bautizó con el nombre de Juan de Dios y le otorgó la protección de su apellido. Arasunu era el hijo que había esperado durante años, y le importó muy poco que su decisión fuera la comidilla de la ciudad.

Cuando Arasunu cumplió tres años, Eleonora quedó encinta, y nació Nélide, una preciosa niñita de ojos azules y cabellos rubios igual a su madre. Basilio no dudó en afirmar a quien quisiera escucharlo que Dios había decidido bendecirlo con una hija cuando demostró con Arasunu que podía ser un buen padre. Dos años después de Nélide, llegó Eloísa, con cabellos castaños y ojos verde mar. Cuando Arasunu cumplió ocho años, nació Lucía, con poderosos pulmones y un impactante encanto.

Arasunu creció con todos los lujos que el dinero podía comprar, al igual que las niñas, pero nunca gozó de los mismos privilegios que sus hermanas pequeñas. Las amaba y juró que ellas nunca sabrían de los desagradables apelativos que le habían puesto a espaldas de Basilio, de las peleas que había tenido para hacerse respetar. Se prometió a sí mismo, mientras crecía en un mundo de desprecios y reprobación, que su padre se sentiría orgulloso de haberlo aceptado en su familia, que su madre y sus hermanas jamás se sentirían avergonzadas de él. Decidió ser el

mejor hombre que pudiera llegar a ser. Cursó estudios en el colegio Nacional de Concepción del Uruguay y se graduó de abogado con honores en la Universidad de Córdoba. Extrañaba a su familia, aunque tenía planeado radicarse allí. Sin embargo, sus planes cambiaron cuando Eleonora le envió una carta para comunicarle la muerte de su madre biológica, a causa de una neumonía, y la enfermedad del padre.

El médico ordenó que Basilio Ferrara permaneciera en cama hasta recuperarse por completo; no quiso escuchar las protestas del anciano, quien para entonces se hallaba muy preocupado por la fortuna familiar. Temía que los avatares de la crisis económica de 1890 lo llevaran a la quiebra. Entonces, ¿cómo mantendría a su familia?

Arasunu regresó a Corrientes y se hizo cargo de los proyectos familiares. La salud de Basilio mejoró y, con el tiempo, también los negocios. Eleonora recuperó la tranquilidad y las niñas pudieron continuar con sus estudios, ya sin el temor de perder a Basilio.

Cuando las cosas regresaron a su cauce, Juan de Dios pudo haber regresado a Córdoba para continuar con sus planes, pero Nélide encontró a un hombre de su agrado y se comprometió con él. Eloísa parecía ansiosa por encontrar un marido, a pesar de su juventud; y Lucía, la más pequeña, había comenzado a tener problemas con sus compañeras del colegio San José, a tal punto que las religiosas pidieron que la contuvieran. Cuando Juan de Dios la interrogó, la niña no quiso revelar las razones que la llevaban a pelear con sus compañeras. Necesitó de toda su paciencia para que confiara en él, y finalmente le confesó que las otras chicas se burlaban de ella porque lo habían visto a su lado.

Controló su temperamento, habló con ella y creyó convencerla de que si cacheteaba a sus compañeras no lograría nada, en cambio sí podría ser expulsada del colegio. Insistió en que a él le importaba muy poco lo que dijeran sobre las circunstancias de

su nacimiento, su apariencia o su condición de mestizo, por lo tanto tampoco debería importarle a ella. Lucía pareció comprenderlo. Después de eso no hubo más quejas por parte del colegio sobre la conducta de su hermanita, pero Arasunu sospechaba que Lucía había encontrado la manera de pelear con sus compañeras sin llamar la atención de las monjas.

Fue entonces cuando decidió radicarse en Corrientes. Basilio ya no era joven, no estaba en condiciones de corretear detrás de sus hijas, y Eleonora era incapaz de hacerles frente cuando se unían en un proyecto. Arasunu pensó que era el único que podía poner orden en la casa, y se quedó.

Nélida jamás se atrevería a poner el nombre de la familia en boca de la sociedad a causa de un escándalo, pero él pensó que una mujer enamorada podría cometer una tontería, y hasta el día de la boda se convirtió en su sombra. Eloísa no aceptó de buen grado la compañía ni los consejos de cómo mantener las indeseables atenciones de los caballeros a raya, pero lo toleró hasta que se comprometió con un hombre que la familia tenía en buena estima y que parecía inmune a sus tretas. Arasunu estaba seguro de que Franco Villalba conseguiría manejarla, siempre que no cayera bajo las redes de su encanto. Entonces volcó toda la atención en Lucía, y tuvo que vigilarla muy de cerca cuando, ya recibida de maestra, había huido de la ciudad a causa de un escándalo. Se dedicó a correr detrás de un hombre al que todos en Colonia San Pedro consideraban un asesino y llamaban “el Maldito”, hasta que demostró su inocencia y se casó con él.

Entonces, finalmente, Juan de Dios pudo regresar a la ciudad y dedicarse a los negocios, ya sin la obligación de velar por la seguridad de sus hermanas.

Basilio apoyó una mano sobre el hombro del hijo, al que notaba distante.

—No tienes que casarte si no quieres —dijo, y era evidente que le había costado decir aquello—. Después de que Itatí des-

apareció, pensé que necesitabas a alguien a tu lado que te hiciera olvidar —dijo inseguro. Sabía que sacar ese tema molestaría a su hijo, pero había tenido aquello tanto tiempo atorado en el cogote que ya deseaba expulsarlo—. Cuando decidiste tomar como tu amante a la señorita Sandoval, no me pareció correcto que lo hicieras, pero pensé que ella te haría bien, que te ayudaría a olvidar la traición de la otra, pero ahora...

—No es necesario hablar de esto —dijo Juan de Dios, severo.

—Esa mujer... —recomenzó el anciano, que no temía a la frialdad de su hijo—. Todavía no puedo creer que te haya dejado, sobre todo cuando solo faltaban unas semanas para la boda.

Arasunu endureció el rostro, los ojos parecían de piedra. Muy pocas personas se habrían atrevido a mencionar el nombre de Itatí en su presencia.

—Eso está en el pasado —dijo glacial.

Basilio cambió de tema.

—Pronto los baúles estarán listos para ser llevados a los almacenes. Me ocuparé de la documentación. ¿Podrías encargarte de la descarga en la tienda?

Juan de Dios asintió.

—Iré a la casa en la tarde —dijo—. Puedes decirle a Eloísa que me encuentre allí. Prometo escuchar sus planes y darle mi anuencia en lo que necesite, siempre que sea razonable.

Cuando el anciano le sonrió con la habitual parsimonia, Juan de Dios tuvo la odiosa sensación de que había caído en una trampa, aunque supuso que tendría que esperar hasta encontrarse con Eloísa para saber de qué clase.